

JESÚS & EL DIABLO
HOLOCAUSTO
EBOOK INTERACTIVO

— ANDRÉS SERRATO HIGUERA

INSTRUCCIONES DE USO

Las vidas de Jesús & el Diablo están ahora en tus manos. En esta historia tomarás las decisiones que los llevarán o a la muerte o a su destino. Aunque no es necesario haber leído el libro “El Jinete Cenizo” para entender esta historia, puedes descargarlo totalmente gratis en www.andreserrato.h.co

A medida que avances te serán dadas varias opciones, dependiendo de tu propio juicio deberás escoger una y continuar adelante y así sucesivamente hasta llegar al final. Si en algún momento alguno de nuestros dos personajes principales muere, eso quiere decir que tomaste la decisión equivocada, pero a diferencia de la vida real tendrás la oportunidad de volver a intentarlo. Una vez tomada la decisión solo deberás hacer click en la imagen que creas que es la correcta.

También podrás encontrar [links](#) que te llevarán a páginas de internet (Videos, audios, imágenes, traducciones); úsalos cuando desees tener más información sobre los sitios, personajes o hechos históricos a los que hago referencia.

Espero que disfrutes esta historia interactiva...



HAZ CLICK PARA CONTINUAR

JESÚS & EL DIABLO

HOLOCAUSTO

JESÚS Y EL DIABLO HABÍAN ENCARNADO EN ESTE MUNDO COMO SIMPLES HUMANOS. EN SU PRIMER ENFRENTAMIENTO CONTRA EL ANTICRISTO FUERON VENCIDOS FÁCILMENTE POR AQUÉL Y ENVIADOS AL EXILIO, AHORA DEBERÁN ENCONTRAR EL CAMINO DE VUELTA...

El Diablo abrió los ojos lentamente. Por los dolores en sus articulaciones y las cataratas en sus ojos, supo que aún seguía habitando el mismo anciano cuerpo en el que había despertado la primera vez que vino al mundo como humano. Ese día había despertado en el espectacular centro de Berlín. Sin embargo, algo en su intuición le decía que ahora sería muy diferente. Horrorizado observó el lugar en donde se encontraba; los edificios estaban casi en ruinas, la gente corría por la calles con sus pertenencias en la mano, el olor a pobreza mezclado con dolor se esparcía en todas partes. El anciano, al ver el ejército que sembraba el caos en la ciudad, supo rápidamente en donde se encontraba. Dicho lugar era el infame *Gueto de Varsovia* y aquella era la Polonia ocupada por la Alemania Nazi durante la *segunda guerra mundial*.

Un soldado alemán, al ver al anciano, se abalanzó sobre él lanzándolo al suelo, le dio un puntapié y lo tomó del brazo obligándolo a levantarse. Sin esfuerzo el soldado lo llevó hasta donde se encontraban otros judíos formados en una fila.

“**¡Bleib hier widerlicher Jude!**” Gritó el soldado.

Al escuchar esas palabras el anciano quedó sin habla, no entendió bien hasta que echó una mirada a la ropa que traía puesta. Vestía un largo abrigo negro descocido el cual le llegaba casi hasta las rodillas. A la altura del pecho, en la parte izquierda, llevaba una insignia en forma de estrella, la estrella de David. Aquella era la famosa *insignia amarilla* que era utilizada por los nazis para identificar a los judíos en los países que habían ocupado durante la guerra.

En ese momento, una mujer de unos 70 años se acercó rápidamente a él, lloraba desconsolada y, con su cuerpo tembloroso, abrazó al Diablo fuertemente. La anciana se aferraba a la pequeña mano de un niño que estaba a su lado, el cual a su vez llevaba consigo una vieja fotografía de una joven madre. El Diablo miró a ambos con recelo, aquellos dos desvalidos eran su familia ahora. El anciano dudó de su realidad por un momento, podría ser un sueño o una trampa que le había puesto nuevamente el Anticristo. Sin embargo, así todo a su alrededor fuera una ilusión, el miedo y el dolor que le rodeaban parecían ser muy reales.

De todas maneras, el Diablo no tuvo mucho tiempo para pensar en lo que estaba sucediendo. De la nada varios camiones militares llegaron donde él y los demás judíos se encontraban reunidos. Los soldados nazis comenzaron a llenar los vehículos con decenas de

prisioneros, el anciano sabía bien que si abordaba aquel transporte nunca volvería a ver la luz.

Cuando llegó su momento, la mujer el niño y el Diablo fueron empujados hacia los camiones que los llevarían a su destino. El mismo soldado alemán que antes lo había golpeado llegó hasta donde ellos se encontraban, tomó a la mujer y al niño y los lanzó al interior del vehículo. Luego se quedó mirando al Diablo, sin duda disfrutaba su asqueroso trabajo, el anciano sabía que tenía que tomar una decisión rápidamente...

ENFRENTAR AL SOLDADO ALEMÁN

SUBIR AL VEHÍCULO Y RENDIRSE

El Diablo no se movió de su lugar y seguía mirando desafiante a los ojos del soldado alemán, este apenas esbozó una sonrisa y movió casi imperceptiblemente su mano derecha hasta su arma de dotación.

“¡**Schnell! oder du wirst es bereuen!**”

“Alemanes más peligrosos me han dicho lo mismo antes y no consiguieron nada,” dijo el anciano. El alemán, por respuesta, tomó su arma y la apuntó hacia el interior del camión militar. Sin pensarlo dos veces disparó contra la mujer y el niño que acababan de subir al vehículo los cuales miraban la escena con horror.

Ambos murieron de inmediato. El Diablo no sintió ningún tipo de dolor por lo que acababa de ocurrir, pero si una creciente furia. Con una fuerza inesperada le dio un fuerte puñetazo en todo el mentón al soldado lanzándolo al suelo. Por un momento el anciano se dolió de sus huesos de la mano, pero luego sintió un frío en su espalda al ver la expresión del alemán mientras este se levantaba.

El soldado alemán tomó lentamente su pistola *Parabellum* y disparó cuatro veces contra el anciano. Todas las balas impactaron en su pecho. El Diablo cayó al suelo viendo cómo la sangre comenzaba a acumularse en sus vestiduras. Sus ojos miraron al cielo, aquel del que fue expulsado y de un suspiro se cerraron para siempre.

VOLVER A LA DECISIÓN ANTERIOR

Luego de pensarlo un momento, el Diablo concluyó que nada bueno saldría de desafiar al insignificante soldado, hacerlo representaría su muerte en ese momento. El anciano trató de no mirar a nadie a los ojos y subió al camión militar, al menos así tendría tiempo de pensar en cómo escapar de los nazis.

El camión militar los llevó hasta la estación de tren de *Umschlagplatz*, normalmente de allí eran llevados los judíos hasta el campo de exterminio de *Treblinka*, el cual quedaba a tan solo noventa kilómetros de la ciudad. Sin embargo, no fue así en esta oportunidad, debido a un levantamiento judío que hubo en el gueto días antes y que fue rápidamente sofocado. Las represalias de los alemanes fueron tales que en ese momento aquel campo de exterminio operaba al máximo de su capacidad y no podía recibir nuevos visitantes.

Por lo tanto, el Diablo y su familia, junto a casi dos mil judíos más, emprendieron un viaje de casi cuatrocientos kilómetros en medio de las más terribles condiciones. Viajaban en uno de varios trenes de carga que contaban con alrededor de sesenta vagones cada uno. Cada vagón o *Güterwagen* media no más de diez metros de largo por cuatro metros de alto y de ancho. Dentro de cada uno iban casi cien judíos de todas las edades. El anciano estaba arrodillado en una esquina. Por una pequeña abertura en la madera del vagón, intentaba, infructuosamente, encontrar una pista sobre su destino.

A pesar de haber presenciado tantos genocidios a lo largo de la historia, nunca había sentido el dolor de la muerte tan cerca. Sus compañeros de viaje apenas si podían respirar, iban unos encima de otros, muchos ya venían enfermos y otros enfermaron en el

recorrido debido al hacinamiento. En el interior había solo una letrina de cubo, así que el olor a mierda se mezclaba en el ambiente junto al del sudor y la sangre. Muchos intentaron suicidarse cortándose las muñecas con las latas oxidadas que sobresalían del piso, siendo unos pocos los que lo consiguieron.

El Diablo sabía que no podía morir allí, no en manos de los alemanes a los que tanto había ayudado cuando era el príncipe del infierno. Milagrosamente, cuando el tren se detuvo y las puertas del vagón se abrieron, la mujer que lo acompañaba, el Diablo y su nieto estaban aún con vida. El Anciano fue bajado a golpes por los soldados alemanes. Al hacerlo, observó a su alrededor, aquella estructura roja, las barracas de madera... reconoció rápidamente dicho lugar. Era el terrible *campo de concentración de Auschwitz*.

Ubicado al oeste de Cracovia, Auschwitz era el sitio donde se perpetraron los más grandes horrores de la guerra. Allí no solo eran asesinados en masa miles de prisioneros que eran enviados desde todos los rincones de la Europa ocupada por Hitler. El Diablo había presenciado cómo también se realizaban horribles experimentos médicos con los prisioneros, la degradación era tal que en su momento él mismo se había preguntado si esta vez no había llegado demasiado lejos. Lo que él no entendía era como ahora volvía a ese horrible lugar pero esta vez como un prisionero más. Todo parecía ser tan real a su alrededor que no cabía la posibilidad de que todo aquello fuera una horrible pesadilla, sin embargo en ese momento no había tiempo para preguntarse eso.

Luego de bajar del vagón los prisioneros fueron clasificados sistemáticamente en dos grandes grupos. Los niños, los enfermos y los ancianos eran separados de los demás y llevados hacia una fila a la izquierda, mientras que los prisioneros que estaban en

condiciones de trabajar eran llevados hasta el otro extremo del campo. A pesar de los carteles y las falsas arengas de los alemanes, el Diablo sabía bien que el grupo en el que él y su familia habían sido ubicados conducía directamente hasta las cámaras de gas.

“¿Qué fecha es?” comenzó a preguntar afanosamente a aquellos que se encontraban a su alrededor, parecía como si hubiera perdido la cabeza, aunque eso era normal en semejantes condiciones.

“18 de mayo de 1943,” dijo por fin uno de los judíos a su lado. El Diablo quedó en silencio. “*Tengo que salir de acá,*” pensó. Aún faltaban varios meses para que el ejército rojo proveniente de la madre Rusia llegara a liberar a los prisioneros de Auschwitz y dudaba que estuviera vivo para ese día.

El anciano comenzó a estudiar su alrededor, esta vez buscaba algo que le permitirá conseguir aunque fuera algo de tiempo. En ese momento observó cómo en medio de los dos grupos de prisioneros había un oficial alemán al que reconoció inmediatamente. Una pequeña sonrisa se esbozó en su arrugada boca, aquel hombre era *Josef Mengele*, quien pasaría a la historia con el seudónimo de “El ángel de la Muerte”.

Su imponente figura y su delantal médico destacaban entre la muerte y el hambre. El hombre, con la ayuda de una pequeña vara que llevaba, iba seleccionando entre los prisioneros a quienes él consideraba perfectos candidatos para sus experimentos médicos. El Diablo conocía su trabajo muy bien, la última vez que lo había visto fue cuando lo ayudó a escapar de Europa hacia Sudamérica tras el final de la guerra.

Al verlo, el Anciano tomó a su nieto del brazo y se lanzó hacia donde estaba Mengele. Al llegar a su lado, mostró al niño indicándole que éste también podría ser de su interés para sus experimentos. El médico lo observó, le llamó la atención una gran cicatriz que tenía a lo largo del brazo, y pensó en que tal vez podría servirle para algo. Tomó al niño de la mano y con un ademán ordenó a dos soldados que se llevaran al viejo lejos de su vista. Cuando uno de ellos comenzó a empujar al Diablo de vuelta hacia el camino de la cámara de gas, como pudo logró arrastrarse hasta los pies de Mengele.

“¡Soy Médico!” gritó el Diablo, “¡Puedo ayudar en algo!”

Mengele rio con desdén.

“He trabajado en mi país con gemelos, conozco cómo se comportan y cuánto pueden soportar,” gritó el anciano. Sabía bien que durante esos años los experimentos con gemelos eran la base principal del trabajo del alemán. Mengele quedó en silencio un momento, miraba fijamente a los verdes ojos del Diablo, a pesar del desprecio que tenía por los judíos su capacidad analítica le permitía tener una mente abierta.

“**Mach ihn sauber und bring ihn in mein Büro,**” dijo Mengele.

Luego de estas palabras el anciano fue llevado por los soldados pero esta vez a otra parte del campo de concentración. Allí lo desnudaron completamente y lo obligaron a vestir el célebre uniforme a rayas el cual llevaba un distintivo que indicaba la razón de su cautiverio. Luego, para combatir la plaga de piojos, le raparon la cabeza y en su brazo derecho le tatuaron con tinta negra el número 160280.